A PESAR DE TODO, LO ATRAVESÉ

LOS ORÍGENES

Capítulo 1

Aquel verano bajé a Italia. De vacaciones.

Habíamos quedado junto al mar, para disfrutar de la playa. Nada más. Ni salón ni mesa donde sentarse frente a frente por primera vez. Solo la playa. Eso dejaba sitio para respirar.

El balneario se extendía a lo largo de la orilla. Filas de sombrillas clavadas a cordel, todas del mismo color, y debajo, las tumbonas alineadas, apretadas unas contra otras. Un puesto de madera para el socorrista. Al fondo, detrás de las casetas,

una piscina de un azul más vivo, para quienes no soportaban la sal.

El aire olía a crema solar. En alguna parte, una radio ponía una canción italiana. Unos niños gritaban en la orilla, y sus madres los llamaban sin convicción.

La arena quemaba bajo los pies. Se caminaba deprisa, de puntillas, hasta la sombra más cercana.

Y delante, el mar. En calma, casi plano, con una ola ligera que venía a morir en la playa y se retiraba enseguida. Claro cerca de la orilla, más oscuro mar adentro, hasta confundirse con el cielo. Inmenso. No le pedía nada a nadie.

Estaba nervioso. Y eso que ya nos conocíamos un poco, por los mensajes. Aun así, se me encogía el estómago a cada paso.

Avanzaba entre las filas de sombrillas, buscándola con la mirada. Debajo de cada sombrilla, o casi, había una mujer. Una que leía,

una que dormía, una que llamaba a sus hijos. ¿Cuál? Dos años de mensajes, y no sabía qué porte tenía, cómo andaba, cómo era su sonrisa en persona.

Ella también debía de estar buscándome, en algún sitio, entre toda aquella gente.

Y mientras caminaba, todo me vino a la memoria.

* * *

Todo empezó con la muerte de Graziella.

Fue Dario quien me lo dijo. Dario es mi medio hermano pequeño. En esta familia, todo el mundo es medio hermano de alguien, así son las cosas. Él y yo, por no sé qué milagro, habíamos seguido en contacto.

Un día, me llamó.

Me anunció que Graziella había muerto.

No sentí el dolor que un hijo habría podido sentir por la muerte de su madre.

Y en la misma conversación, Dario añadió:

—Tommaso, tienes una tía.

—Perdona, ¿qué? —dije.

—Bueno, en realidad es más complicado que eso —dijo Dario.

—Ah, ya. Como siempre.

Lo dije sin pensar. Mi vida siempre había sido complicada, no veía por qué esta historia no iba a serlo.

Por su parte, mi tía había querido encontrarme. Había buscado. Había acabado dando con un hilo, uno solo, y ese hilo se llamaba Dario.

* * *

Fue ella quien me escribió primero.

Un mensaje en mi teléfono. Mi tía.

Lo que decía, ya no lo recuerdo. Han pasado tantos mensajes por encima que se ha perdido entre los demás. Recuerdo lo que me hizo.

Se me hizo raro.

Joder, tengo una tía.

Me vino una pregunta enseguida, y se quedó mucho tiempo. ¿Por qué no había intentado nunca verme, antes?

Me di las respuestas yo solo. Quizás por pudor. O quizás porque sabía que me habían adoptado, y había pensado que era mejor así. Mejor para mí.

Me contó, una vez, que ya me había visto. Algunos domingos, cuando yo era niño, en casa de Graziella.

No me acuerdo de nada. Era demasiado pequeño.

* * *

Durante dos años, nos escribimos. Mensajes que iban y venían entre Francia e Italia. Dos años hablándonos sin habernos visto todavía.

Me daba la familia a trozos, sin insistir. Tenía otros tíos, otras tías, por lo visto. No los conocía, y era normal que nunca me los hubieran presentado. Ella lo decía sin más.

Yo le hablaba de mis viajes y de mi trabajo. De la vida en Francia, y de mi soledad, también.

Ella me contaba a qué dedicaba los días.

Y cada vez volvía la misma pregunta:

—Entonces, ¿cuándo vienes?

Ella preguntaba, y yo no iba. No era ella quien esperaba. Era ella quien llamaba.

* * *

El tercer año, dije que sí.

Estaba feliz.

—¿De verdad? —dijo.

—Sí, sí, esta vez bajo. Ya es hora de que vaya a conoceros.

* * *

Y ahora, allí estaba. Entre las sombrillas, con el corazón dando golpes, buscando a una mujer a la que nunca había visto.

Bajo una sombrilla de la segunda fila, se levantó una mano. Luego un brazo entero, que hacía grandes señas.

Allí estaba, con su marido.

Rondaba los cincuenta, y veía a mi tía por primera vez.

Nos dimos dos besos. Un momento muy extraño. Cincuenta años sin conocer su cara, y ahora estaba ahí, muy cerca de la mía.

El estrés no duró mucho.

Todo fluyó con naturalidad. Eso es lo más increíble, todavía hoy.

Mi tía me recibió con una ternura que no olvidaré. Una ternura sencilla, sin rodeos, como se recibe a alguien de la familia. Su marido también. La misma amabilidad, el mismo cariño.

Estaba contenta de verme. Se le notaba en la cara cada vez que me miraba.

* * *

Disfrutamos del sol.

Primero la playa, las tumbonas una junto a otra a la sombra de la sombrilla. Hablábamos un poco, nos mirábamos mucho.

Después, el mar. Avancé hasta las rodillas, luego hasta la cintura. El agua estaba fresca después del calor de la arena, y tan clara que se veían los pies en el fondo, y los pececillos que pasaban como flechas entre las piernas. Mi tía también se metió en el

agua. El ruido del agua tapaba los silencios, cuando los había.

Más tarde, la piscina. El azul del cloro después del azul de la sal, las baldosas calientes alrededor del vaso, el agua que se seca en pocos minutos sobre los hombros.

Con ellos, el tiempo pasaba sin pesar. Yo recibía todo aquello, y no sabía muy bien qué hacer con ello. Aquel calor venía de esa mujer a la que estaba descubriendo, y de su marido, a su lado. Lo tomaba tal como venía.

Cincuenta años. Y una tía, ahí, a mi lado.

* * *

Llegó la hora de comer.

Les dije:

—Os invito a comer.

Mi tía sonrió, su marido también, y dijeron que sí.

* * *

No fuimos muy lejos. El balneario tenía su pequeño restaurante, justo al lado, entre la playa y la piscina.

Mesitas bajo sombrillas. Se pedía en la barra, se esperaban los platos y se volvía a la mesa. Gente en bañador, con una toalla sobre los hombros, niños todavía mojados que corrían entre las sillas. Olía a fritura y a café. Sin florituras. Una comida de playa, de lo más sencilla.

Se comía bien. Sin más.

En la mesa, mi tía empezó a hablarme de la familia. De Graziella, sobre todo.

Fue allí, en el restaurante del balneario, donde supe que Graziella era retrasada.

* * *

A la hora de pagar, en la barra, su marido miró el tique y negó con la cabeza.

—Es caro, para lo que hemos comido.

Mi tía estaba de acuerdo con él. No querían que pagara yo.

—Lascia, Tommaso. Lascia —dijo su marido.

Deja, Tommaso. Deja.

Pagué de todos modos. Había dicho que invitaba yo.

Detrás de nosotros, el mar seguía.

Capítulo 2

Una noche, mi tía me invitó a cenar a su casa.

Llegué a la hora en que el calor empieza a aflojar. El sol estaba todavía alto, pero había perdido su fuerza del mediodía. Doraba las fachadas y alargaba las sombras sobre la acera.

Fue su marido quien me abrió. Me estrechó la mano, luego se lo pensó mejor y me cogió por el hombro. Mi tía llegó detrás de él, secándose las manos con un paño.

—Pasa, pasa, Tommaso.

Desde la entrada olía a cocina. El ajo, el tomate a fuego lento, la albahaca. El olor de una casa donde se cocina para alguien.

—Ven, que te enseño la casa.

Enlazó su brazo con el mío y me llevó a dar una vuelta. La cocina, donde una cazuela hervía a fuego suave. El salón, los muebles bien ordenados, marcos de fotos sobre una cómoda. Un dormitorio, luego otro. Abría cada puerta como quien enseña un tesoro.

Su marido nos seguía, añadiendo detalles que nadie le pedía.

* * *

La mesa ya estaba puesta. Un mantel claro, tres platos, una botella de vino esperando en medio. Por la ventana abierta se veía brillar el azul, a lo lejos.

Nos sentamos.

Mi tía no había hecho las cosas a medias. Primero los antipasti: embutido fino, aceitunas, tomates con mozzarella y un chorrito de aceite de oliva, verduras a la parrilla. Luego la pasta, con tomate y albahaca, como se hace en casa. Después el pescado a la brasa, con limón. Y pan que se partía en la mesa.

Una auténtica comida italiana. Mi tía vigilaba mi plato por el rabillo del ojo.

Su marido rellenaba los vasos en cuanto empezaban a vaciarse.

—Come, come —dijo mi tía—. Que hay más.

Repetí pasta, y pescado también. Hacía rato que ya no tenía hambre, pero no iba a decir que no.

No dejaba de mirar por la ventana.

—¡Qué vistas! —dije—. ¿Os dais cuenta de la suerte que tenéis?

Su marido sonrió, con aire orgulloso, como si la hubiera puesto él allí.

—No nos cansamos de ella. Nunca.

El vino estaba fresco, un poco seco. No soy un entendido, pero estaba bueno.

Volvimos a hablar del pequeño restaurante del balneario. Su marido negó con la cabeza al recordarlo, exactamente igual que delante del tique.

—Caro, caro...

Y nos reímos los tres.

* * *

Mi tía quería saberlo todo. Francia, cómo vivía allí, a qué dedicaba los días.

Así que se lo conté. La vida de cada día, el trabajo, la noche que cae y la casa donde nadie me espera.

—¿Sigues solo, Tommaso?

—Pues sí, sigo solo, tía.

Al principio no dijo nada. Me miró, y empujó la fuente de pasta hacia mí, como si eso pudiera arreglar algo.

Le hablé de mis viajes, de los países que había visto. Ella escuchaba asintiendo con la cabeza, con los codos sobre la mesa, sin quitarme los ojos de encima. Su marido también escuchaba, partiendo el pan.

—¿Y la playa? —preguntó mi tía—. ¿La tienes allí?

—Sí. Pero no como aquí.

Pareció contenta con mi respuesta.

Su marido se inclinó hacia mí. Puso cara de inocente, y me soltó, guiñándome un ojo:

—¿Y las chicas, qué?

Solté una carcajada. Mi tía le dio una palmada en el brazo.

—Déjalo en paz.

—¿Qué? Solo pregunto —se defendió su marido.

—Las chicas... —dije—. Eso es toda una historia.

—Ah, eso sí —dijo su marido levantando el vaso —. Con las chicas, siempre es toda una historia.

Mi tía puso los ojos en blanco. Pero ella también se reía.

* * *

Por la ventana, la luz cambiaba. Fuera, el azul viraba al oro, luego al cobre. El sol se iba.

Yo miraba a mi tía. Hablaba con las manos, se reía con facilidad. De vez en cuando se detenía y me miraba, así sin más, un poco más de lo necesario.

Como en la playa.

* * *

Con el café, mi tía sacó las fotos.

Cogió el teléfono y acercó la silla a la mía.

—Mira.

Su hijo, con su mujer. Una bonita pareja, muy juntos, sonrientes.

—Es muy guapa —dije.

—¿A que sí? —dijo su marido, encantado—. Ha sabido elegir.

Siguieron otras fotos. Platos que ella había cocinado, mesas enteras, cubiertas de cosas buenas. Se me hacía la boca agua, y eso que acababa de levantarme de la mesa.

Su marido comentaba cada foto. Quién estaba, qué se había comido aquel día, quién había hablado demasiado, quién había bebido demasiado. Pasaba de una historia a otra sin parar, y mi tía lo dejaba hacer, sonriendo.

Yo escuchaba. No decía gran cosa. Estaba a gusto.

* * *

Mi tía acabó dejando el teléfono, y se levantó.

—Ven. Vamos al balcón.

El balcón daba a mar abierto. No muy grande. Una mesita, unas cuantas sillas, una barandilla tibia bajo la mano, que guardaba el sol del día.

Mi tía encendió unas velas. Una, luego dos, luego una tercera. Las llamas temblaron, y se mantuvieron rectas. Casi no hacía viento.

El sol acababa de desaparecer. Quedaba una franja de luz naranja, al fondo del todo, que se apagaba despacio. Ya no se veía muy bien, pero abajo se oían las olas. Ese ruido regular, que va y que vuelve.

Alrededor, la ciudad terminaba su día. Voces en otro balcón, una televisión en alguna parte, una moto que pasaba a lo lejos. Poco a poco, ya no quedó más que aquel ruido.

Su marido se quedó un rato con nosotros, antes de levantarse desperezándose.

—Yo me voy a acostar.

Puso la mano en el hombro de su mujer y me hizo una señal con la cabeza.

—Buenas noches. No trasnochéis mucho.

Y nos dejó.

* * *

Mi tía y yo nos quedamos solos.

Nos volvió a servir, y se quedó un buen rato en silencio.

Yo no dije nada.

Por fin, se volvió hacia mí.

—Te lo voy a contar, Tommaso. De dónde vienes.

Era como entrar en una película. Las velas, la noche que caía, y aquella mujer a la que apenas

acababa de conocer, que iba a contarme mi historia. La de antes de mí.

Me acomodé en la silla. Y escuché.

* * *

—Hay un pueblo —empezó—. Muy antiguo. Se llega bajando de las montañas. Está en una pequeña colina, y el mar queda a diez minutos.

Hablaba bajito, sin prisa.

—Las casas son de piedra. Allí nació tu bisabuela. Assunta. A principios del siglo pasado.

Assunta. El nombre se quedó suspendido entre nosotros, por encima de las velas. Una mujer de la que nunca había oído hablar. Y sin embargo, todo partía de ella.

—Su familia tenía posibles. Olivares, viñas. Casas en los pueblos vecinos.

Hizo un gesto amplio con la mano, como para mostrarme unas tierras que no se veían.

Empezaba a sentir curiosidad.

* * *

En el pueblo, antaño, las aceitunas caían en las redes con un ruido de granizo.

Assunta iba de un árbol a otro, con la falda remetida en la cintura para no arrastrarla por la tierra. Aún no había cumplido quince años, y los hombres que vareaban las ramas tenían edad de ser su padre. Eso no le impedía decirles dónde golpear.

—Así no —le dijo a uno de ellos—. Estropeas la madera. El año que viene no dará nada.

El hombre bajó la vara y volvió a empezar, con menos fuerza. Ella se quedó mirándolo, con los brazos cruzados, y pasó al siguiente.

Había crecido allí, entre las hileras de olivos y las viñas, corriendo detrás de su padre y escuchando cómo hablaba a los campesinos. Había aprendido su voz. La que no necesita gritar.

Al final del campo, su padre se había detenido a mirarla. No dijo nada. Sonreía.

Tenía dieciséis años cuando se casó.

La noche de la boda, su padre le puso una llave en la mano. Una llave grande de hierro, fría, pesada como una herramienta.

—La casa del callejón —dijo—. Es tuya.

Ella la conocía. Un callejón que salía de la plaza, unos escalones, una puerta de madera. La casa era alta y estrecha, apretada entre sus vecinas, empujada hacia el cielo por falta de sitio. No tenía agua: habría que bajar a la fuente. Tampoco calefacción. Pero con el mar cerca, el invierno nunca llegaba a entrar del todo.

Al día siguiente, subió hasta arriba del todo y abrió la ventana. Por encima de los tejados, entre dos chimeneas, había una línea azul.

* * *

—Su padre le dio esa casa, por su boda —dijo mi tía.

—Espera —dije—. ¿¡Que se casa con dieciséis años!?

La había interrumpido sin querer. Mi tía se encogió de hombros.

—Pues sí, en aquella época era así.

Casi una niña. Y ya con una casa que llevar.

Se calló.

Una de las velas empezó a chisporrotear. Mi tía la enderezó con la punta de los dedos, sin quemarse. Bajo el balcón, una ola más fuerte que las demás vino a morir en la orilla.

—Y luego llegó la guerra —dijo.

* * *

El marido de Assunta se marchó una mañana, con los demás hombres del pueblo. Ella lo vio bajar por el callejón hasta que dobló la esquina de la plaza.

En la casa alta, ya solo quedaron ella y su padre.

Estaba enfermo. Ya no bajaba al campo. Se quedaba en la habitación de arriba, junto a la ventana, y dormía mal. Por las noches, la llamaba.

Assunta subía, bajaba. El agua de la fuente, la leña, la sopa que llevaba arriba en un plato hondo, con cuidado en los escalones. Las noticias que no llegaban. Al caer la tarde, se sentaba a los pies de la cama de su padre, y no hablaban de la guerra.

Siempre había sabido mandar. Aprendió a esperar.

Un día, una vecina gritó su nombre en el callejón. Assunta bajó la escalera tan deprisa que se saltó un

escalón. Al final del callejón, un hombre avanzaba. Flaco, herido, pero en pie.

Su marido.

* * *

—Volvió, su marido —dijo mi tía—. Herido.

Hizo una pausa.

—Pero, por lo demás, bien vivo.

Y entonces, por primera vez desde que había empezado, mi tía esbozó una sonrisita de medio lado.

La miré. Me miró. Nos entendimos sin decir nada.

—Assunta sacaba a los niños uno detrás de otro —añadió—. Como el pan del horno.

Me reí.

—Una auténtica fábrica de bebés —dije—. ¿Cuántos?

—Cuatro.

Los contó con los dedos.

—Primero un chico, el mayor. Una chica. Luego Carmela, tu abuela. Y el pequeño, otro chico.

Carmela. Mi abuela. Otro nombre que no conocía.

—¿Estaban sanos los cuatro? —pregunté.

—Todos crecieron —respondió mi tía.

—¿Y ella, Assunta? —seguí—. ¿Cómo era?

Mi tía se lo pensó.

—Sé lo que me contaron. El carácter, el campo, los campesinos. De lo demás, no te sabría decir.

Abrió las manos, con las palmas hacia el cielo.

Bebió un sorbo. Yo también. El vino se había entibiado en los vasos. La franja naranja había desaparecido, en el horizonte. Ya era de noche, una noche suave, sin un soplo de aire.

—El marido de Assunta murió —dijo.

* * *

Viuda, Assunta preparó cuatro hatillos sobre la mesa de la cocina.

Una camisa, un jersey, un par de calcetines zurcidos. Doblaba, desdoblaba, volvía a doblar mejor. El mayor la observaba sin preguntar nada. Había comprendido antes que los otros.

El pequeño, en cambio, no entendía nada. Se agarraba a su falda y quería que lo cogieran en brazos.

Se marcharon los cinco al alba. Por el camino, la mayor llevaba de la mano a Carmela, y Carmela al pequeño.

Ante el gran portón del internado, Assunta se agachó y los besó uno por uno. No lloró delante de ellos.

La puerta se cerró. Ella se quedó delante, sin moverse.

Emprendió el camino de vuelta al pueblo. Sola.

* * *

Mi tía dijo la palabra en italiano: «costretta».

Obligada.

—¿Cuántos años tenía cuando murió su marido? —pregunté.

—Todavía era joven.

—¿Y después?

—Después, vivió a su manera.

Dudó un instante.

* * *

En la fuente del pueblo, las mujeres se callaron cuando pasó Assunta.

Cruzaba la plaza con un vestido nuevo, la cabeza alta. No apretaba el paso. Saludaba a quien quería. Se reía de algo que acababan de decirle, al otro lado

de la plaza, y seguía riéndose al llegar a la esquina de su callejón.

Detrás de ella, el agua caía en los cántaros. Las lenguas iban más deprisa.

—Ahí va, la que no guarda luto.

Lo oyó. No se dio la vuelta.

* * *

La que no guarda luto, pensé.

Volví a pensar en todo lo que mi tía acababa de contarme. Casada a los dieciséis años. La guerra, un padre enfermo, un marido herido. Embarazos, uno tras otro. Y, de la noche a la mañana, sin marido, y con cuatro hijos para ella sola.

—Yo creo que se casó demasiado joven —dije—. Se vio desbordada. Y quizás tenía ganas de vivir, de divertirse un poco, por fin.

Mi tía no se pronunció.

—Chi lo sa —dijo en voz baja.

Quién sabe.

* * *

—Los niños crecieron —continuó—. Salieron del internado. Se casaron, cada uno a su tiempo.

Hizo girar el vaso entre los dedos.

—Y luego vino la guerra siguiente. A los chicos les tocó ir. Al mayor lo hicieron prisionero. Cuando acabó la guerra, cogió a su mujer y se fue a vivir más al sur.

—¿Y el pequeño?

—Él se fue a trabajar lejos, con su mujer.

—En el pueblo ya solo quedaban las dos chicas. Luego se casó también la mayor.

Un silencio.

—Quedaba Carmela.

Mi tía dejó el vaso en la mesa, y noté que algo cambiaba en su voz.

—Carmela tenía catorce años cuando su madre le presentó a un militar.

Catorce años.

* * *

Aquel día, Assunta llamó a su hija desde el pie de la escalera.

—¡Carmela! Baja. Hay alguien.

Carmela bajó alisándose la falda.

En el umbral esperaba un hombre, con el gorro en la mano. Un militar. Los botones del uniforme, las botas cubiertas del polvo del callejón. Era tan alto que para entrar tuvo que agachar la cabeza.

—Se llama Ettore —dijo Assunta—. Lo han mandado aquí para curarse la tuberculosis. Aquí hace calor. Le sienta bien.

Ettore saludó. Carmela no sabía adónde mirar. Miró las botas, el polvo, el gorro que él hacía girar entre los dedos.

No se atrevió a mirar más arriba.

* * *

—Un hombre guapo, por lo visto —dijo mi tía—. Alto, enjuto. El pelo negro, ondulado.

Volvió la cabeza hacia la oscuridad, allí donde se oía el agua.

—Y los ojos azules como el mar.

No dije nada. Ella tampoco.

—Se casaron —dijo.

Las llamas de las velas apenas temblaban. Abajo, el mar respiraba en la oscuridad.

Mi tía cogió la botella, y nos llenó los vasos.